

## TERRONES

La brocha chorreante de temple blanco, atada en la caña con una cuerda de pita, subía y bajaba por la fachada en las horas primeras de una mañana de verano. Cada brochazo blanqueaba un poco más aquella pared que hoy era el orgullo de Dolores, su casa, la de su Manuel y sus tres hijos. Era justo esa sensación de orgullo la que hacía que Dolores estuviera marcando en sus comisuras una leve sonrisa a pesar de estar en pie desde la madrugada. Pequeñas gotas del blanqueante unguento salpicaban su frente y por cada una aparecía un recuerdo que la susurraba el ánimo para seguir, sin obedecer al cansancio. Cuando oyó por primera vez la palabra “colono” no sabía ni lo que era, ni siquiera su padre que sabía mucho de campo, fue capaz de explicárselo. Pronto entendió, y decidió, que ella iba a ser eso y ya lo aprendería después. El hambre es algo de lo que huir, y huyendo de ella con la esperanza en el hatillo llegaron a este pueblo a medio hacer aquel junio del 58.

Mientras mojaba la brocha en el cubo de pintura, Dolores recorría con la mirada cada metro de aquella fachada tan blanca que con el sol le cegaba los ojos, y notaba un pellizco oscuro al acordarse de las calles empedradas del pueblo donde nació y del que emigró. La misma oscuridad que helaba sus manos pequeñas pero trabajadoras de adolescente, recogiendo aceitunas en los diciembres para algún señorito, por un poco de comida o un cacho pan para la familia. Aquellas tripas suyas, atravesadas por la posguerra, aprendieron desde chica que del hambre se huye hasta que se consigue darle esquinazo. Que lástima que para sofocarla hubiera tenido que alejarse de su pueblo y sus padres, de la casa donde nació y hasta de las amigas que desde chica se criaron con ella. Las opciones eran subir a aquel camión con los cuatro avíos o quedarse a ver como las aguas se llevaban el cacho de pueblo que al final desapareció bajo ellas, ahogado en una promesa de progreso. Era una suerte tener el coraje para empezar de cero en aquel Plan Badajoz que brotaba en las Vegas del Guadiana, y a la vez una pena la de sentirse extraños en su propia Extremadura. Entre barro y carburo por las noches, se hacían corrillos para conocerse las gentes venidas de otros puntos de la provincia, todos igual de valientes, y lo mismo de tristes que de ilusionados. Como en medio de un boceto de un artista aprendiz, con las piezas de un puzzle a medio hacer en el aire, se empezaron a recomponer viviendas, escuelas, iglesia, comercios, cuadras y tapias blancas que cercaban corrales inmensos de casas de colonos, esperanza y aperos de labranza, pocilgas y gorrinos que engordaban bellotas y mangas de camisa remangadas bajo el sol de justicia, de ellos y de ellas.

“Hija, cuéntanos cosas de esos pueblos nuevos”, le decía su madre en una carta. “Ay, madre, que grande es tó, que corrales y que casas, quién iba a pensar que íbamos a tener algo nuestro. Yo cuando llegué aquí **me acordé de los del 25 de marzo**, esa hazaña que padre me cuenta siempre del año 36, y de aquello de que la tierra pa’ quien la trabaja. A nosotros nos han *dao* nuestro cacho tierra, madre, como es de justicia, y bien sabe Dios que nos estamos deslomando pa’ sacarla palante, pero dicen que un día será nuestra hasta con su escritura. Ya hemos *pagao* la vaca que nos dieron, menuda ternera hermosa hemos *entregao*. Y luego hemos *tenío* suerte, porque a un vecino que tierra más mala le ha *tocao*, pero la nuestra es buena tierra, la aramos con las vacas y da gloria de verla.”

Mientras recogía los trastos de jalbegar la puerta, Dolores recordaba aquella carta. Hubiera querido aquel día decirle a madre que le dijera a padre que ya lo sabía, que ya se había enterado de lo que era ser colona, que ser colonos no era ser esclavos, sino que consistía en cultivar tu propia tierra, aunque Dolores pensaba que no habría de haber diferencia tan grande. Sin embargo, soñaba con el orgullo que eso le iba a dar a padre, su hija era colona, o mujer de colono que no es igual del todo. Pensó que era mejor contárselo cuando vinieran a verles a las parcelas. Les diría que cambiar los terrones de la dehesa por regadíos no estaba siendo lo más fácil del mundo pero que había aprendido a labrar la tierra igual que su marido, que apañaba los animales desde el amanecer y ordeñaba las vacas antes de salir al campo, se ocupaba de la casa y los niños y administraba las perras como es debido. Les contaría que ahora sus hijos van a la escuela y ellos tienen un huerto donde no falta nada, pero que el miedo de perder esto es más grande que el de recordar las penas a las que habían sobrevivido antaño.

“No regalaban nada, padre, no hay premio ni compensación por la escasez o la venganza de otros tiempos. Esto hay que trabajarlo con el sudor y el alma, dejarse los nudillos en las matas y patear bancales entre las vertederas desde que el sol asoma. Hacer cábalas de noche y trabajar como mulos de día. Parece que se atisba en el futuro una luz de esperanza que nos traiga abundancia en esta tierra. Quien sabe si así sea, o si de ser así nos dejarán que pase, ni a costa de qué. Sentirse extremeños ahora parece un poco menos negro, pero a mi no se me va de la cabeza la idea de que quieren blanquear con este temple blanco del Plan Badajoz algunas manchas rojas, y siento en mis tripas la certeza de que esta tierra ya estaba regada con lágrimas desde mucho antes de que se nos permitiera pisarla. Quizá mañana sepamos si al final fue verdad que le importamos a alguien.”

***VERA DE ARMAS.***

